

esto junto al mar. Y así ved al Martir á merced de estos horribles insectos: ved al justo segunda vez con las bestias: digo segunda vez, para traerlos á la memoria la historia antigua de Daniel. Arrojaron á Daniel en un lago, y á Julian en la mar. Recibióle este elemento para coronarle, y para darnosle tal como le poseemos en esta caxa. Dignóse Dios repartir con nosotros los Mártires: él toma el alma para sí, y á nosotros nos dexa el cuerpo; para que teniendo siempre á la vista estos sagrados despojos, nos animásemos á la práctica de las virtudes que los han consagrado. Porque si la vista de las armas ensangrentadas de qualquier hombre valiente, excita cierto ardor marcial hasta en el corazon mas cobarde; de suerte, que tocando ya el casco, ya la lanza, ó la coraza, se siente inflamado de aquel bello fuego que animaba este guerrero: comienza á sentirse con valor: no apetece mas que ver ya al enemigo, y se abrasa del deseo de señalarse por alguna accion de valor: si unas armas, digo, cubiertas de una sangre generosa, inspiran esta generosidad á una alma tímida; ¿qué debemos sentir nosotros, que vemos, que tocamos, no las armas de este soldado de Jesu-Christo, sino su cuerpo, ensangrentado por la gloria de su Maestro, y del nuestro? Aun quando fuésemos los mas cobardes de todos los hombres, esta vista sola es capaz de encender en nuestros corazones el mismo ardor que consumía al de Julian. Dios nos confia las reliquias de los Mártires para que

ten-

tengamos entre manos la materia de una filosofia la mas sublime, y elevada.

MARTIRIO

DE S. LEON,

Y DE S. PAREGORIO (1).

Sacado de un Manuscrito Griego de la Real Biblioteca, y traducido al latin por Bolando.

A Cababa S. Paregorio de derramar su sangre en Patara (2) por la causa de Jesu-Christo; y S. Leon, que había sido testigo de su combate, se hallaba indeciso entre la alegría que le causaba la dicha de su amigo, y el dolor de no haber podido aún señalarse como él, quando la Intendencia de la Licia se le dió al Proconsul Loliano. Queriendo este nuevo Intendente á su arribo mostrar su zelo por el culto de los Dioses, señaló una fiesta solemne en honor de Sérapis; y mandó que todos los habitantes de Patara, de qualquier Religion que fuesen, asistiesen á ella. Obedecieron muchos Christianos, temiendo mas á los hombres, que á los juicios de Dios. Pero Leon, lexos de mostrar la menor complacencia por aquel Ministro, ni aun quiso que le hablasen de

(1) El dia 30 de Junio. No se sabe el año. (2) Ciudad de Licia.

de esta sacrílega ceremonia. Entonces, meditando dentro de sí mismo, qué debería hacer en esta ocasion, se salió de su aposento para irse al lugar en que estaban las Reliquias de S. Paregorio. Pasó por delante del templo de la Diosa, donde la estaban ofreciendo un sacrificio: habiéndole reparado los que asistían á él, conocieron que era Christiano en el vestido, en el rostro, y en su modo de andar; porque en todo esto se dexaba ver un ayre de modestia, que le hacía respetable. Pero particularmente le observaron por alguna señal que hizo, que tenía un horror extremo á aquella bestia infernal. Estaba muy exercitado desde su juventud en las prácticas de la vida solitaria; y fuera de las otras virtudes que adquirió, poseía eminentemente la castidad, y la templanza. Su vestido era de una tela grosera, hecha de pelos de camello: en una palabra, había tomado por modelos de sus acciones á los Apóstoles, y á S. Juan Bautista, aquel gran Martir. Luego que llegó al sepulcro de S. Paregorio, hizo en él su oracion: retiróse despues á su casa: oró segun su costumbre: comió un poco; y se estuvo lo restante del dia encerrado, repasando sin cesar en su espíritu el glorioso fin del Santo. Ocupado enteramente de estos pensamientos, se quedó dormido, y vió en sueños, como otro Josef (1), lo que le había de pasar. Parecióle, pues, que estaba en medio de un torrente: una

(1) El Patriarca.

terrible tempestad oscurecía todo el ayre, y el agua caía reciamente de las oscuras, y espesas nubes, que por encima de su cabeza caminaban; y alcanzando á ver en medio del torrente á S. Paregorio, que venía hácia él, corrió Leon, á pesar de la rapidez del agua, y le siguió. Habiendo despertado despues de esta vision, no le costó trabajo en comprehender, que tendría la misma suerte que Paregorio: sintióse con una alegría, que no se puede explicar. Esta esperanza aumentó la devocion que tenía al bienaventurado Martir: iba mas amenudo á su sepulcro: comenzó á considerarse como fiel compañero de los trabajos de Paregorio, y á contemplar á este como á su precursor en la gloria. No buscaba el camino desviado, ni senda secreta para ir á visitar las reliquias del Santo: pasaba por medio de la Ciudad, por la plaza pública, y á vista de todo el pueblo muy de ordinario. Un dia, que tomó, ó hizo su viage por delante de la Diosa Fortuna, alcanzó á ver su templo iluminado con una infinidad de hachas: compadecióse de los que las habian encendido; y animado de un zelo caritativo, las apagó todas, las hizo pedazos, las pisó, y dixo: Si vuestros Dioses se sienten ofendidos del insulto que acabo de executar, no tienen mas que castigarme: no volveré yo á su resentimiento el rostro; y despues prosiguió frescamente su marcha.

En tanto júntase el populacho: mézclase una tropa de impíos entre los mas sediciosos: murmu-

muran, se alborotan, gritan, y cargan á Leon de maldiciones, y palabras injuriosas. El es la causa, dicen, de que la Diosa Fortuna no mire ya á Patara con ojos favorables: él la ha hecho una ofensa, de que no dexará de vengarse, si no se la aplaca. Aumentándose el tumulto, y esparciéndose la noticia de la accion del Santo de calle en calle, y de barrio en barrio, bien pronto llegó á los oidos del Intendente, que al instante envió soldados para esperar al Santo, y prenderle quando volviese. Viéronle entrar en su casa, y se arrojaron á su quarto, en donde le prendieron, sin que hiciese la menor resistencia, y le llevaron al Intendente. Estaba ya este Magistrado muy sediento de la sangre de los Christianos; y este generoso atrevimiento del Martir no contribuyó poco á encenderle mucho mas. Consideraba que la accion era un peligrosísimo exemplo: que importaba mucho reprimir aquella audacia de los Christianos, contra la qual ni aun los mismos Dioses estaban seguros. Y así, luego que Leon estuvo en su presencia, se encolerizó mucho contra él. Malvado viejo, le dixo, ¿ignoras el poder de los Dioses, quando te atreves á emprender contra su religion? ¿O has perdido de tal modo el juicio, que te parecía poder despreciar impunemente los decretos de nuestros divinos Emperadores, que son tambien nuestros Dioses, y nuestros conservadores? Señor, le respondió Leon, mirad que acabais de hablar de muchos Dioses, siendo así que no hay mas que uno,

uno, que es nuestro Señor Jesu-Christo, Hijo de Dios, y Dios del cielo, y de la tierra, que no necesita de que los hombres le den semejante culto. Un corazon contrito, y una alma que sabe humillarse, esto es todo lo que puede agradar á Dios. Pero esas hachas, esas velas, esas lámparas, que encendeis delante de vuestros Idolos, son todas cosas vanas, y enteramente inútiles á unas estatuas de madera, de piedra, y de bronce, que deben todo lo que son al Escultor, ó al Fundidor de ellas. Si conociéseis al que es el verdadero Dios, no perderíais de ese modo vuestro incienso en darlo á un tronco, ó á un pedazo de piedra. Y así renunciad ese culto vano, y frívolo, y reservad vuestras alabanzas, y vuestra adoracion para el que es el verdadero Dios, y para Jesu-Christo su Hijo, Salvador del mundo, y Criador nuestro. No respondes al caso, le replicó el Juez; y en lugar de purgarte de los delitos que te imputan, te pones á predicarnos tu Christianismo. Pero doy gracias á los Dioses, que han permitido que tú mismo te declarases, y que te diesen á conocer por lo que eres; y así escoge, ó adorar á los Dioses, y ofrecerles sacrificio con todos los que están aquí presentes, ó sufrir la pena que tu impiedad merece.

Yo os confieso, replicó el Martir, que hubiera deseado mucho no tener que sentir la caída de ninguno de los que tan desgraciadamente veo vueltos al error. Pero ¡ay de mí! qué dolor no será el mio, quando ponga los ojos sobre

esa multitud de Christianos, que se han dexado seducir! Mas para que no os imagineis que soy yo de ese número, os declaro que soy Christiano. Yo conservo grabados en mí mismo los preceptos de los Apóstoles, que enseñan á todos á dar á Dios la obediencia que le es debida. Y así, si os parece que por esto me debeis castigar, no lo dilateis un momento. Porque estad persuadido que el temor de los tormentos, jamás me hará faltar á mi obligacion. Pronto estoy á padecer todos quantos me quisiéreis hacer sufrir. Por lo demás, si hay alguno de otro parecer, que se contente con la vida presente, sin pretender la futura. Ya se sabe que no es sino por el camino de los sufrimientos por donde se llega á ella, según aquella máxima de la Escritura: *Estrecho es el camino que lleva á la vida*. Pues bien, le dixo el Magistrado, si es tan estrecha, déxala para seguir la nuestra, que es ancha, y llana. No he dicho yo, replicó Leon, que sea tan estrecha, que no se pueda caminar por ella, ni os parezca que está desierta: muchos la han transitado, y muchos la siguen aún todos los días: llámase estrecha, porque se halla en ella la mortificación, la pobreza, las aflicciones, y la persecucion; pero la Fé suaviza las penas, hace vencer las dificultades, allana el camino, lo ensancha, y lo hace facil. ¿Por qué no os dexais convencer de esta verdad? ¿y por qué no pronunciais resueltamente que este camino estrecho es con todo eso el mas cómodo para arribar á la sal-

va-

vacion, puesto que no ignorais que una multitud innumerable de Fieles, que han sido justificados por la misma Fé, que justificó á nuestro padre Abraham, caminaron por él, y reposan ahora en el seno de este padre de los creyentes; y que al contrario la incredulidad hace penoso, áspero, y difícil aquel por el que andais ciegamente? Porque las virtudes, que tan fáciles son de practicar quando se tiene Fé, son muy difíciles de adquirir, y vienen á ser en algun modo inaccesibles á los que están privados de este remedio.

Como el Santo discurriese de este modo de la Religion Christiana, y estableciera sólidamente su verdad, y sus máximas, le interrumpieron los confusos gritos que daban á porfia los Judíos, y los Paganos. No permitais, Señor, le decian al Intendente, que este hombre pase mas adelante: mandadle que calle. Al contrario le permito, dixo aquel Juez, que hable quanto quiera; y además de eso le ofrezco mi amistad, si quiere reconocer á nuestros Dioses. A lo que respondió Leon: Señor, si habeis olvidado ya lo que acabo de decir, teneis razon de permitirme que hable todavía; pero si os acordais, ¿cómo quereis que reconozca por Dioses lo que nada es? Estas últimas palabras del Santo irritaron tanto al Intendente, que lo hizo cruelmente azotar; y mientras que los verdugos lo desgarraban sin piedad, le decía: Pues eso no es mas que un ensayo de los tormentos que te preparo: si quieres que me contenga en la prueba, es necesario que adores á

O 2

nues-

nuestros Dioses, y que los ofrezcas sacrificio. L. O Juez! os quiero volver á decir otra vez lo que ya os he dicho tantas veces. Yo no conozco á vuestros Dioses, ni jamás me resolveré á sacrificarles. I. Dí solamente estas palabras: Los Dioses tienen un poder soberano; y te daré por libre: porque, si te he de decir la verdad, tengo compasion de tu vejez. L. Bien está, consiento en decir que los Dioses tienen un poder soberano; pero es para perder á los que creen en ellos. I. Atendolo como á un furioso, y llévenlo arrastrando por las piedras, y los guijarros hasta el torrente. L. Poco me importa, de qualquier modo que muera: yo no puedo dexar de morir contento, puesto que el cielo ha de ser mi recompensa. I. Obedece al edicto, y dí: Los Dioses son los conservadores del mundo; ó si no, te haré morir inmediatamente. L. Parece que no teneis sino palabras: ponedlas en fin en execucion. No pudiéndose contener mas el pueblo, comenzaba ya á amotinarse; y el Intendente, temiendo que esto tuviese malos efectos, hizo, por satisfacer al pueblo, que arrastrasen al Santo Martir, como lo tenía mandado, para ser allí ajusticiado últimamente. Tomáronle los verdugos, atáronle por un pie, y lo llevaron arrastrando por encima de los guijarros, de que estaba sembrada la tierra. Mientras iba por esta larga, y penosa carrera, decía el Santo: Yo os doy gracias, Padre de Jesu-Christo, de que tengais la bondad de volverme á juntar tan pronto á vuestro siervo Paregorio. Yo os ofrezco mi muer-

muerfe con alegría para satisfacer los pecados de mi juventud. En las manos de vuestros Angeles pongo mi alma. Dentro de poco seré puesto en libertad; y mi destino no dependerá mas de la injusticia de los malos. Sedles, no obstante, propicio, Señor: no vengueis mi muerte sobre los que son los autores: yo os pido perdon por ellos. Haced que os conozcan, Señor, por el Dios del universo; pero que experimenten vuestra clemencia en el momento en que fueren ilustrados de vuestra luz. Concededme la gracia de sufrir pacientemente por vuestra gloria. Amen; y espiró despues de haber dicho Amen segunda vez.

Precipitaron al cuerpo del Santo de lo alto de un peñasco á una hondura, que estaba debajo de él, sin que se hiciese el menor daño; y fue hallado en lo profundo de aquel abismo, tan entero como si lo hubiesen llevado con el mayor tiento: solo se le vieron algunos ligeros rasguños, que se hizo al rodar por las puntas de la peña. Así mereció Leon mas de una corona, porque venció al demonio. Y por quanto es justo que la memoria de las gloriosas acciones de los Santos, y las gracias con que el cielo los favorece, se conserve en los siglos siguientes, quiso Dios que el mismo lugar en que el cuerpo del Martir fue precipitado, fuese de él un monumento eterno. Antes de entonces era un precipicio terrible, cuya vista solamente retiraba al caminante; pero despues que sirvió de sepulcro á S. Leon, vino á ser enteramente practicable: el terreno se ha asegu-

rado, y se puede andar por él sin el menor peligro. Siéntese uno tambien insensiblemente apartado del camino real, no sé qué poder secreto para pasar por él; y en fin, se ha visto á un carro tirado de muchos caballos, caer desde lo mas alto á lo fondo de este abismo, sin que los caballos, ni el carro, ni los carruageros, ni las personas que iban en él, padeciesen de tan peligrosa caída el daño mas leve.

El cuerpo del Santo fue inmediatamente levantado por los Christianos, que no podian admirar bastante el resplandor lleno de magestad, y mezclado en medio de eso de una dulce alegría, que salía de su rostro; como ni tampoco el color vivo, que aún no había perdido lo restante de su cuerpo. Solamente estaba cubierto de un poco de polvo, como lo están al salir del Anfiteatro los de los Atletas. Laváronlo los Hermanos, y lo embalsamaron con gran cuidado: despues de lo qual se retiraron, dando á Dios mil gracias, porque confirió al bienaventurado Martir una tan larga, y tan generosa perseverancia; y suplicándole al mismo tiempo los permitiese gozar algun dia de la misma dicha. ¡Ojalá que podamos nosotros hacernos dignos de ella!

ACTAS

DE S. JULIO (1).

Sacadas de un Manuscrito de la Biblioteca de S. Remigio de Reims.

EN tiempo de la persecucion (2) fue arrestado Julio, como Christiano, y conducido á Máximo, Gobernador de Mesia.

INTERROGATORIO.

M. ¿Es verdad, Julio, lo que dicen de tí?
J. No hay cosa más verdadera: yo soy Christiano: ni yo puedo pasar por otra cosa, que por lo que soy en realidad. M. ¿Pues cómo es eso? ¿Ignoras que hay edictos, que mandan sacrificar á los Dioses? J. No por cierto; pero yo soy Christiano, y jamás podré hacer lo que ellos mandan. No he de renunciar yo al Dios que adoro, que es el Dios vivo, y el Dios verdadero. M. ¿Pues qué, tanto inconveniente hay en sacrificar? No se hace mas que echar un grano de incienso, y despues se retira. J. La Ley de Dios me lo prohíbe; y no he de obedecer yo, con perjuicio suyo,

O 4 á

(1) A 27 de Mayo. No se sabe el año. Padeció en Dorostora, Ciudad Episcopal en la baxa Mesia, y sufraganea al Arzobispado de Marcianópolis. Hoy dia no es mas que una Aldea de Bulgaria. (2) Quizá la de Diocleciano.